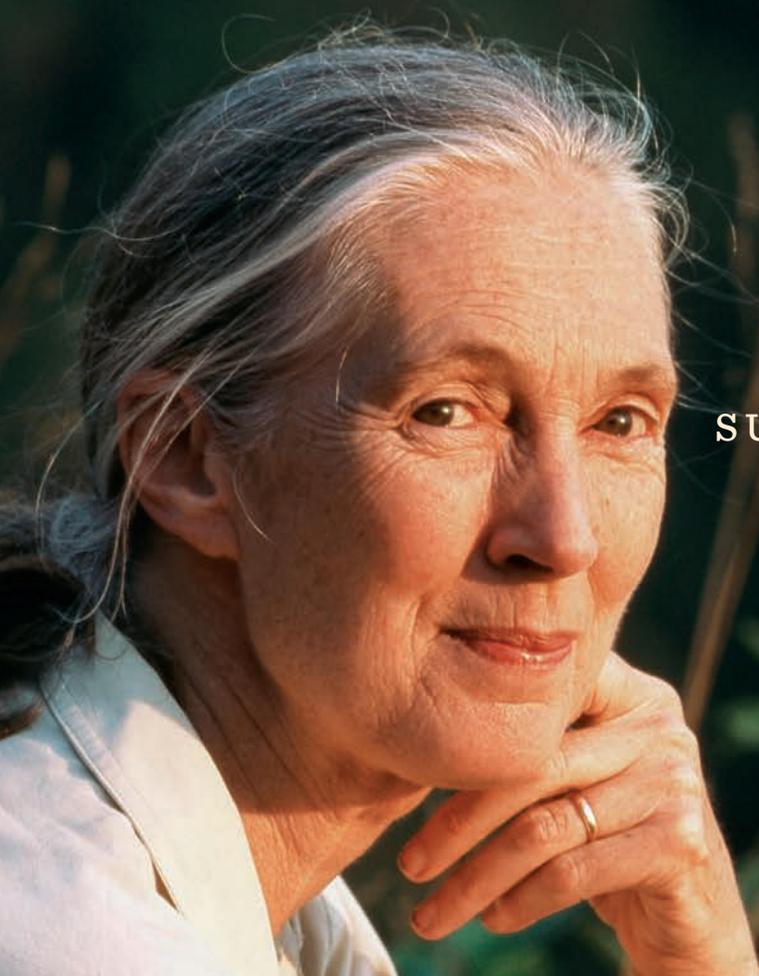


*El libro de la*  
**ESPERANZA**

**JANE GOODALL**  
**y DOUGLAS ABRAMS**

*con* **GAIL HUDSON**



UNA  
GUÍA DE  
SUPERVIVENCIA  
PARA  
TIEMPOS  
DIFÍCILES

**PAIDÓS**

**JANE GOODALL**

# **EL LIBRO DE LA ESPERANZA**

---

Una guía de supervivencia  
para tiempos difíciles

Con la colaboración de Gail Hudson

Traducción de  
Antonio Francisco Rodríguez Esteban

**PAIDÓS Contextos**

Título original: *The Book of Hope: A Survival Guide for Trying Times*, de Jane Goodall y Douglas Abrams

Publicado originalmente en inglés por Celadon Books, una división de Macmillan Publishers.

Se han alterado los nombres y los rasgos físicos de algunos de los personajes descritos en el presente libro, así como ciertas fechas, lugares y otros detalles.

*1.ª edición, enero de 2022*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Jane Goodall y Douglas Abrams, 2021

© de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2022

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2022

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Ávda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

[www.paidos.com](http://www.paidos.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-493-3891-5

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 18.559-2021

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain



# SUMARIO

<i>Una invitación a la esperanza</i> . . . . .	11
--	----

## I. ¿QUÉ ES LA ESPERANZA?

<i>Whisky</i> y salsa de judías suajili. . . . .	19
¿Es real la esperanza? . . . . .	24
¿Alguna vez has perdido la esperanza? . . . . .	28
¿Puede la ciencia explicar la esperanza? . . . . .	44
¿Cómo conservar la esperanza en tiempos difíciles? . . . .	49

## II. JANE Y SUS CUATRO RAZONES PARA LA ESPERANZA

RAZÓN 1. El asombroso intelecto humano . . . . .	59
De simio prehistórico a amo del mundo. . . . .	62
Medio pecadores, medio santos . . . . .	67
Un nuevo código moral universal . . . . .	72
El simio ¿sabio? . . . . .	77
RAZÓN 2. La resiliencia de la naturaleza . . . . .	83
El duelo ecológico . . . . .	91
La voluntad de vivir. . . . .	99
Adaptarse o perecer. . . . .	103
Cuidar a la madre naturaleza . . . . .	106
Rescatados de la extinción. . . . .	110
El tapiz de la vida . . . . .	115

Nuestra necesidad de la naturaleza . . . . .	124
RAZÓN 3. El poder de los jóvenes . . . . .	131
El amor en un lugar sin esperanza . . . . .	138
«No quiero tu esperanza» . . . . .	146
Millones de gotas hacen un océano . . . . .	151
Cuidar el futuro . . . . .	155
RAZÓN 4. El indomable espíritu humano . . . . .	163
Cuando decida escalar el Everest . . . . .	166
El espíritu que nunca se rinde . . . . .	172
Fomentar el espíritu indomable en los niños . . . . .	180
Cómo el indomable espíritu humano nos ayuda a curar . . . . .	183
Nos necesitamos los unos a los otros . . . . .	187

### III. CONVERTIRSE EN MENSAJERA DE LA ESPERANZA

Un viaje de toda la vida . . . . .	195
Desafíos en África . . . . .	215
De joven tímida a oradora global . . . . .	217
«Digamos que fue una misión» . . . . .	220
¿Fue una casualidad? . . . . .	224
Evolución espiritual . . . . .	229
La próxima gran aventura de Jane . . . . .	234
Conclusión. Un mensaje de esperanza de Jane . . . . .	243
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	253
<i>Otras lecturas</i> . . . . .	259
<i>Acerca de los autores</i> . . . . .	269

---

## ¿Qué es la esperanza?

## WHISKY Y SALSA DE JUDÍAS SUAJILI

Era la noche antes de empezar nuestros diálogos. Yo estaba nervioso porque había mucho en juego. El mundo parecía necesitar la esperanza más que nunca, y en los meses después de contactar con Jane para preguntarle si quería compartir sus razones para la esperanza en un nuevo libro, este tema se apoderó de mis pensamientos. ¿Qué es la esperanza? ¿Por qué se manifiesta en nosotros? ¿Es real? ¿Podemos cultivarla? ¿De veras hay esperanza para nuestra especie? Sabía que mi función era plantear las preguntas que a todos nos acucian mientras experimentamos la adversidad, incluso en tiempos de desesperación.

Jane es una heroína global que ha recorrido el mundo durante décadas como mensajera de la esperanza, y yo estaba dispuesto a comprender su confianza en el futuro. Del mismo modo, quería saber cómo había alimentado esta esperanza durante su vida pionera y llena de desafíos.

Mientras preparaba mis preguntas, con ilusión y ansiedad, sonó el teléfono.

«¿Te gustaría venir a cenar con la familia?», preguntó Jane.

Yo acababa de aterrizar en Dar es-Salaam, y le dije que me encantaría reunirme con ella y conocer a su familia. Sería una oportunidad no solo de conocer al icono, sino de verla como madre y abuela; de compartir el pan y, como sospechaba, beber *whisky*.

Encontrar la casa de Jane no es fácil, ya que no hay una verdadera dirección. Hay que dejar atrás varios caminos de tierra y el gran recinto de Julius Nyerere, el primer presidente de Tanzania. Temí llegar tarde mientras el taxi intentaba encontrar, sin éxito, la entrada correcta en el vecindario cubierto de árboles. El sol rojo descendía rápidamente y en las calles no había luces para guiarnos.

Cuando al fin encontramos la casa, Jane me recibió en la puerta con una sonrisa amplia y cálida, y una mirada penetrante. Llevaba el cabello gris recogido en una cola de caballo, y vestía una camisa verde y pantalones caqui, que en cierto modo parecían el uniforme de un guarda del parque. En la camisa lucía el logo del Instituto Jane Goodall (JGI, por sus siglas en inglés), con los símbolos de la organización: el perfil de Jane, un chimpancé a cuatro patas, una hoja en representación del medioambiente, y una mano para los seres humanos que, según ella ha descubierto, también necesitan protección, como los chimpancés.

Jane tiene ochenta y seis años, pero inexplicablemente no parece haber envejecido mucho desde la primera vez que fue a Gombe y apareció en la portada de *National Geographic*. Me pregunté si la esperanza y tener un objetivo en la vida te mantienen eternamente joven.

Pero, por encima de todo, destaca su voluntad. Brilla en sus ojos color avellana como una fuerza de la naturaleza. Es la misma voluntad que la empujó a recorrer medio mundo para estudiar a los animales en África y que la ha mantenido viajando los últimos treinta años. Antes de la pandemia pasaba más de trescientos días

al año impartiendo conferencias sobre la destrucción del medioambiente y la pérdida de hábitats naturales. Por fin, el mundo empieza a escuchar.

Sabía que a Jane le gusta tomarse un *whisky* por la noche y le llevé una botella de su marca favorita, Green Label Johnnie Walker. Lo aceptó amablemente, pero más tarde me dijo que debería haber comprado el más barato, Red Label, y haber donado el dinero extra a su organización medioambiental, el JGI.

En la cocina, Maria, su nuera, había preparado una comida vegetariana típica de Tanzania. Había arroz al coco servido con salsa de judías suajili, lentejas y guisantes con cacahuets molidos, curri y cilantro, y espinacas salteadas. Jane dice que la comida no le importa, pero yo no pienso igual y empecé a salivar.

Colocó mi pequeño obsequio en la encimera, junto a una botella gigante, de cuatro litros y medio, de *whisky* Famous Grouse. Los nietos adultos de Jane se la habían traído como una sorpresa, y explicaron que era más barato comprarlo a granel y que sin duda duraría todo el tiempo que iban a estar con ella. Sus nietos viven en la casa de Dar es-Salaam a la que Jane se mudó al casarse con su segundo marido, aunque en aquella época ella pasaba la mayor parte del tiempo en Gombe. Ahora, Jane se queda en la casa solo durante sus dos breves visitas anuales a Tanzania y solo unos días cada vez, ya que también regresa a Gombe y a otras ciudades de Tanzania.

Para ella, el trago de *whisky* constituye un ritual nocturno y una oportunidad para relajarse y, cuando es posible, brindar con los amigos.

«Todo empezó —explica— porque mamá y yo siempre compartíamos una “copita” cada tarde, cuando yo estaba en casa. Así que brindábamos a las siete de la tarde, cuando yo estaba por allí.» También ha descubierto que, cuando las muchas entrevistas

y conferencias le afectan a la voz, un sorbito de *whisky* tensa sus cuerdas vocales y le permite proseguir la charla. «Y —dijo Jane— cuatro cantantes de ópera y un popular cantante de *rock* me han dicho que en su caso también funciona.»

Me senté junto a Jane en la mesa exterior de la terraza, mientras su familia y ella reían y contaban historias. La espesa buganvilla que nos rodeaba casi parecía un follaje boscoso a la luz de las velas. Merlin, su nieto mayor, tenía veinticinco años. Años atrás, a los dieciocho, tras una noche salvaje con sus amigos, se lanzó a una piscina vacía. Se rompió el cuello y la fractura le llevó a cambiar de vida, renunciar a las fiestas y, como su hermana Angel, seguir a su abuela en la labor de conservación. Jane, la comedia matriarca, presidía la mesa, exhibiendo un orgullo evidente.



Con mi familia en Dar es-Salaam. De izquierda a derecha: mi nieto Merlin; su hermanastro Kiki, hijo de Maria; mi nieto Nick, hermanastro de Merlin; mi nieta Angel, y mi hijo Grub.

(JGI/CORTESÍA DE LA FAMILIA GOODALL)

Jane roció sus tobillos con repelente para mosquitos y bromeamos con que los mosquitos no eran vegetarianos. «Solo las hembras chupan sangre —señaló Jane—. Los machos viven del néctar.» A través de los ojos de la naturalista, los mosquitos chupadores de sangre no eran más que madres que intentaban alimentar a su prole. Sin embargo, eso no alteró un ápice el desagrado que me inspiran esos enemigos de la humanidad.

Cuando la conversación y las historias de la familia concluyeron, quise plantear a Jane las cuestiones que me habían absorbido desde que decidimos colaborar en un libro sobre la esperanza.



Angel trabaja en nuestro programa Raíces y Brotes, y Merlin ayuda a desarrollar un centro educativo en lo que queda de un antiguo bosque cerca de Dar es-Salaam. (K 15 PHOTOS/FEMINA HIP)

Como individuo nacido y educado en Nueva York, y en gran medida escéptico, tuve que admitir que la esperanza me parecía sospechosa. Parecía una respuesta débil, una aceptación pasiva: «Tengamos esperanza en que todo vaya bien». Una panacea o una fantasía. Una premeditada negación o fe ciega a la que aferrarse pese a los hechos y la sombría realidad de la vida. Yo tenía miedo de sentir una falsa esperanza, esa desafortunada impostora. En cierto modo, incluso el cinismo parecía más seguro que asumir el riesgo de la esperanza. Ciertamente, el miedo y la ira parecían respuestas más útiles, listas para hacer sonar la alarma, especialmente en épocas de crisis como esta.

También quería saber la diferencia entre esperanza y optimismo, si en alguna ocasión Jane había perdido la primera y cómo conservarla en tiempos oscuros. Pero estas preguntas tendrían que esperar a la mañana siguiente, pues se hacía tarde y la cena tocaba a su fin.

### ¿ES REAL LA ESPERANZA?

Cuando volví al día siguiente —un poco menos nervioso— para empezar nuestra conversación sobre la esperanza, Jane y yo tomamos asiento en la terraza, en unas viejas y robustas sillas plegables de madera revestidas de tela verde. Observamos el patio, tan cubierto de árboles que resultaba prácticamente imposible distinguir el océano Índico al fondo. Un coro de pájaros tropicales cantaban, trinaban, graznaban y se llamaban unos a otros. Dos perros antaño abandonados vinieron a acurrucarse a los pies de Jane, y un gato detrás de una cortina insistía en contribuir a la conversación. Jane parecía una especie de moderna san Francisco de Asís, rodeada de animales a los que dispensaba su protección.

—¿Qué es la esperanza? —empecé—. ¿Cómo la defines *tú*?

—La esperanza —dijo Jane— es lo que nos permite afrontar la adversidad. Es lo que deseamos que suceda, pero tenemos que prepararnos y trabajar duro para propiciarla. —Jane sonrió—. Como tener la esperanza de que este será un buen libro. Pero no lo será si no nos ponemos manos a la obra.

Yo esboqué una sonrisa.

—Sí, sin duda esta es, también, una de mis esperanzas. Has dicho que la esperanza es lo que deseamos que suceda, pero tenemos que estar preparados para trabajar duro. Por lo tanto, ¿la esperanza requiere acción?

—No creo que toda esperanza exija acción, porque a veces no podemos actuar. Si te han arrojado a la celda de una prisión sin una buena razón, no puedes actuar, pero aún puedes esperar salir. Me he comunicado con un grupo de conservacionistas que han sido juzgados y condenados por colocar cámaras trampa para registrar la presencia de vida salvaje. Viven con la esperanza del día en que serán liberados gracias a las acciones de los demás, pero ellos mismos no pueden actuar.

Me pareció que la acción y la iniciativa eran importantes para fomentar la esperanza, pero que esta podía sobrevivir, por sí sola, en la celda de una prisión. Un gato negro de pecho blanco salió a la terraza y saltó al regazo de Jane, donde se acurrucó cómodamente, con las patas recogidas bajo el cuerpo.

—Me pregunto si los animales tienen esperanza.

Jane sonrió.

—Bueno, cuando Bugs lleva un tiempo dentro de la casa —dijo, acariciando al gato— sospecho que «espera» que al final le deje salir. Si quiere comida, maúlla lastimero, y se restriega contra mis piernas con la espalda arqueada y moviendo la cola, y eso suele producir el efecto deseado. Estoy segura de que cuando

actúa así espera que le den de comer. Piensa en tu perro esperando que regreses junto a la ventana. Es una clara forma de esperanza. A los chimpancés les suele entrar una rabieta cuando no obtienen lo que desean. Es una forma de esperanza frustrada.

Al parecer, la esperanza no era únicamente humana, pero sabía que volveríamos a lo que la definía como un rasgo único de nuestra especie. Por ahora, quería comprender en qué sentido la esperanza se diferenciaba de otro término con el que a menudo se la confunde.

—Muchas de las grandes tradiciones religiosas hablan de la esperanza como de algo similar a la fe —comenté—. ¿Fe y esperanza son lo mismo?

—La fe y la esperanza son muy diferentes, ¿no es así? —la respuesta de Jane sonó más a afirmación que a pregunta—. La fe acontece cuando creemos que hay un poder intelectual detrás del universo y que podemos traducir como Dios, Alá o algo así. Creemos en Dios, el Creador. Creemos en la vida después de la muerte o en alguna otra doctrina. Eso es la fe. Podemos *creer* que todo eso es cierto, pero no lo podemos *saber*. Pero podemos conocer la dirección que queremos seguir y tener la *esperanza* de que sea la dirección correcta. La esperanza es más humilde que la fe, ya que nadie puede conocer el futuro.

—Has dicho que la esperanza nos exige trabajar duro para que suceda aquello que realmente anhelamos.

—Bueno, en ciertos contextos es esencial. Pensemos en la terrible pesadilla medioambiental que estamos viviendo. Es evidente que tenemos la esperanza de que no sea demasiado tarde para cambiar las cosas, pero sabemos que ese cambio no tendrá lugar si no actuamos.

—Por lo tanto, al mostrarnos activos, ¿aumenta nuestra esperanza?

—Se da en ambos sentidos. No serás activo a menos que esperes que tus actos sirvan para algo. Por eso necesitas esperanza para continuar, pero luego, al actuar, produces más esperanza. Es una realidad circular.

—Entonces, ¿qué es la esperanza en realidad? ¿Una emoción?

—No, no es una emoción.

—Entonces, ¿qué es?

—Es un aspecto de nuestra supervivencia.

—¿Una destreza de supervivencia?

—No es una destreza. Es algo más innato, más profundo. Casi un don. Vamos, piensa en otra palabra.

—¿Herramienta? ¿Recurso? ¿Energía?

—Energía podría valer. Energía, herramienta. Algo así. Pero ¡no una herramienta eléctrica!

La broma de Jane me hizo reír.

—¿No un taladro?

—No; un taladro eléctrico, no —dijo Jane, riendo.

—¿Un mecanismo de supervivencia...?

—Mejor, pero menos mecánico. Algo relacionado con la supervivencia... —Jane se detuvo, intentando encontrar la palabra adecuada.

—¿Impulso? ¿Instinto? —propuse yo.

—En realidad, es un rasgo de la supervivencia —expresó al fin—. Eso es lo que es. Un rasgo de la supervivencia humana, y sin él estamos condenados a perecer.

Si era un rasgo de supervivencia, me pregunté por qué algunas personas lo tenían más desarrollado que otras, si podía cultivarse en épocas especialmente estresantes y si ella lo había perdido alguna vez.

¿ALGUNA VEZ HAS PERDIDO LA ESPERANZA?

Jane atesora una rara mezcla de virtudes: la voluntad científica inquebrantable de afrontar los hechos desnudos y el deseo, propio de una *buscadora*, de comprender las cuestiones más profundas de la vida humana.

—Como científica, tú... —empecé.

—Me considero naturalista —corrigió ella.

—¿Cuál es la diferencia? —Siempre había considerado que un naturalista era un científico que se dedica a un campo específico.

—El naturalista —convino Jane— busca el asombro de la naturaleza, escucha la voz de la naturaleza y aprende de ella mientras procura comprenderla. En cambio, un científico se concentra en los hechos y en el deseo de cuantificarlos. Para un científico, la cuestión es: «¿Por qué esto es adaptativo? ¿Cómo contribuye a la supervivencia de la especie?». Como naturalista, hay que tener empatía e intuición, y amor. Hay que estar preparada para atender el murmullo de los estorninos y admirar la asombrosa agilidad de estos pájaros. ¿Cómo vuelan en bandadas formadas por miles de individuos sin tocarse, manteniendo una formación tan cerrada, y bajan en picado y giran casi como si fueran un solo pájaro? ¿Y por qué lo hacen? ¿Para divertirse? ¿Por placer? —Jane alzó la vista hacia unos estorninos imaginarios, y sus manos danzaron como si fueran una bandada de pájaros ondulando en el cielo.

De pronto, vi a Jane como a una joven naturalista llena de asombro y admiración. Cuando empezó a llover copiosamente, lo que impuso una pausa a nuestra conversación, no me resultó difícil imaginarla en aquellos primeros días, cuando sus sueños y esperanzas parecían tan remotos y tan difíciles de materializar.

En cuanto la lluvia amainó, retomamos la charla. Pregunté a Jane qué recordaba de su primer viaje a África. Ella cerró los ojos. «Fue como un cuento de hadas —explicó—. En aquella época —era 1957— no había vuelos, por lo que llegué en un barco, el *Kenya Castle*. El viaje debería haber durado dos semanas, pero acabó alargándose un mes porque había una guerra entre Inglaterra y Egipto, y el Canal de Suez estaba cerrado. Tuvimos que bordear todo el continente africano, bajar hasta Ciudad del Cabo y subir a Mombasa. Un viaje mágico.»

Jane perseguía su sueño de estudiar a los animales en su hábitat natural, un sueño que nació en su infancia, mientras leía las historias del Doctor Dolittle y Tarzán. «Está claro que Tarzán se casó con la Jane equivocada», bromeó. La improbable vida de Jane ha inspirado a muchos en todo el planeta. En aquella época, las mujeres no recorrían medio mundo para vivir con los animales salvajes y escribir libros sobre ellos. Como ella misma señaló, «¡ni siquiera los hombres lo hacían!».

Le pedí que me contara más cosas sobre aquellos primeros tiempos.

—Yo fui una buena estudiante en la escuela —explicó—, pero al acabar la secundaria, a los dieciocho años, no había dinero para la universidad. Tuve que buscar trabajo e hice un curso de formación como secretaria. Muy aburrido. Pero mamá me dijo que tenía que trabajar duro, aprovechar las oportunidades y no rendirme.

»Mamá siempre decía: “Si vas a hacer algo, hazlo bien”. Creo que ese ha sido un pilar de mi vida. No quieres hacerlo, quieres quitártelo de encima, pero si lo haces, da lo mejor de ti misma.

La oportunidad de Jane se presentó cuando un amigo de la escuela la invitó a visitar la granja de su familia en Kenia. Durante esa visita ella oyó hablar del doctor Louis Leakey, el célebre pa-

leoantropólogo que había dedicado su vida a investigar los restos fósiles de los primeros ancestros humanos en África. En aquella época era comisario del Museo Coryndon (ahora conocido como Museo Nacional de Nairobi).

—Alguien me dijo que si estaba interesada en los animales, tenía que conocer a Leakey —siguió Jane—. Así que concerté una cita con él. Creo que le impresionaron mis conocimientos sobre los animales africanos; había leído todo lo que caía en mis manos. Y adivina qué... Dos días antes de conocerlo, su secretaria se había despedido y necesitaba una. Así que ya ves: ¡aquella tediosa formación como secretaria sirvió para algo!

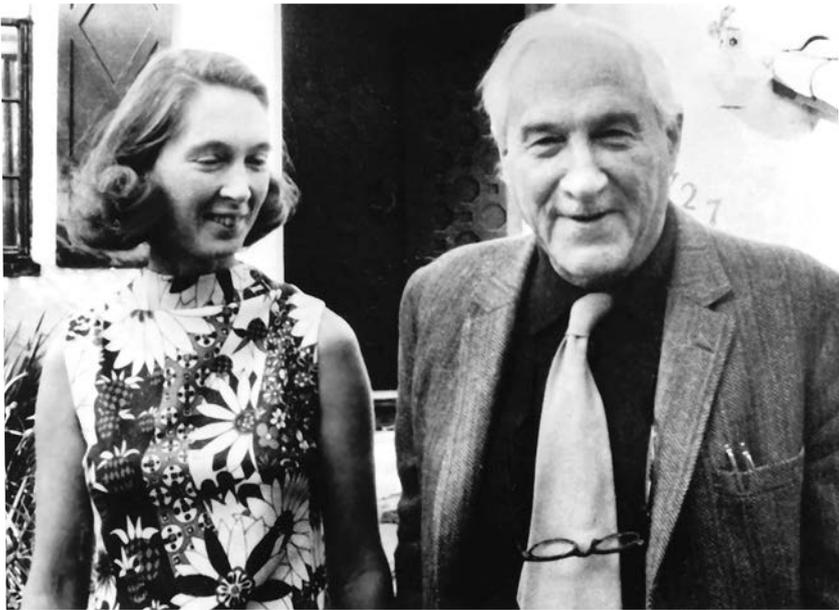
Fue invitada a unirse a Leakey, su esposa Mary y Gillian, otra joven inglesa, en su excavación anual en la Garganta de Olduvai, en Tanzania, a la búsqueda de antiguos restos humanos.

—Al final de aquellos tres meses, Louis empezó a hablar de un grupo de chimpancés que vivían en los bosques que bordean la costa este del lago Tanganica, en Tanzania, que en aquella época era conocida como Tanganica y aún estaba sometida al Gobierno colonial británico. Me dijo que el hábitat de los chimpancés era remoto y accidentado, y que habría animales peligrosos; los propios chimpancés eran cuatro veces más fuertes que los seres humanos. ¡Cómo había deseado emprender una aventura como la que imaginaba Leakey! Dijo que estaba buscando a alguien con una mente abierta, con pasión por aprender, amor por los animales y una paciencia infinita.

Leakey creía que comprender el comportamiento de nuestros familiares cercanos en su hábitat natural arrojaría luz sobre la evolución humana. Quería que alguien realizara este estudio porque, aunque podemos obtener una gran cantidad de información sobre el aspecto de una criatura a partir de su esqueleto y sobre su dieta examinando el desgaste de su dentadura, la *conducta* no

se fosiliza. Creía en la existencia de un ancestro común, una criatura de carácter entre simiesco y humano, hace seis millones de años. Argumentó que, si los chimpancés modernos (con los que compartimos casi el 99 % de la composición del ADN) muestran un comportamiento similar (o idéntico) al de los humanos modernos, también habría estado presente en ese ancestro común y habría formado parte de nuestro repertorio a lo largo de nuestros caminos evolutivos independientes. Y esto, pensaba, le permitiría descifrar mejor la conducta de nuestros antepasados de la Edad de Piedra.

—No sabía que estaba pensando en mí —me contó Jane—, ¡y a duras penas me lo creí cuando me preguntó si estaba preparada para asumir esta tarea! —Jane sonrió al recordar a su mentor—. La inteligencia, la visión y la estatura de Louis —explicó— eran



Con el doctor Louis S. B. Leakey, el hombre que hizo realidad mi sueño. (JGI/JOAN TRAVIS)



Mamá ayudaba a prensar las plantas que yo recogía y que servían de alimento a los chimpancés, así como a secar los cráneos y otros huesos descubiertos. Aquí, en la entrada de nuestra tienda del ejército, de segunda mano. (JGI/HUGO VAN LAWICK)

las de un verdadero gigante. Y tenía un gran sentido del humor. Le llevó un año reunir el dinero. En un principio, la Administración británica se negó a conceder el permiso, horrorizada ante la idea de una joven blanca internándose en la espesura, pero Leakey insistió y ellos acabaron por ceder, siempre y cuando yo no fuera sola y dispusiera de compañía «europea». Louis quería que alguien me apoyara en segundo plano, sin competir conmigo, y decidió que mamá sería perfecta. No creo que tuviera que presionarla. A ella le encantaban los desafíos. La expedición no habría sido posible sin su presencia.

»Bernard Verdcourt, el botánico del Museo Coryndon, nos llevó por tierra hasta Kigoma —la ciudad más cercana a Gombe— en un Land Rover sobrecargado y de corta distancia entre ejes, por caminos en su mayor parte polvorientos y llenos de surcos y baches. Más tarde admitió que, tras dejarnos en nuestro destino, no esperaba volver a vernos vivas.

Sin embargo, Jane estaba más preocupada por cumplir su misión que por los potenciales peligros. Hizo una pausa y la animé a seguir.

—Una vez en Gombe escribiste una carta a tu familia en la que decías: «Mi futuro es tan ridículo que me limito a agacharme aquí, como un chimpancé, en mis rocas, quitándome espinas y zarzas, y me río al pensar en esta desconocida *señorita Goodall*, que, según se dice, se dedica a la investigación científica en alguna parte». Llévame a esos momentos de esperanza y desesperanza —le pedí, ansioso por comprender la incertidumbre y la zozobra que afrontó, especialmente al intentar algo que nadie había hecho antes.

—Hubo muchos momentos de frustración y desesperación —explicó Jane—. Cada día me despertaba antes del amanecer y subía las empinadas colinas de Gombe en busca de chimpancés, a los que apenas entreveía con mis prismáticos. Trepaba y me arrastraba por el bosque, exhausta, con brazos y piernas arañados por la maleza, y al final divisaba a un grupo de animales. Mi corazón se estremecía, pero antes de poder observar nada, ellos echaban un vistazo y huían.

»Solo había dinero para financiar seis meses de investigación, y los chimpancés salían corriendo. Las semanas se transformaron en meses. Sabía que, con el tiempo, me granjearía la confianza de los animales. Pero ¿acaso disponía de ese tiempo? Sabía que si esto no sucedía, defraudaría a Leakey: había depositado una gran

confianza en mí, y el sueño tocaría a su fin. Y lo peor —continuó Jane— es que jamás podría comprender a estas fascinantes criaturas o lo que podían enseñarnos sobre la evolución humana, que era lo que Leakey esperaba comprender mejor.

Oficialmente, Jane no era científica. Ni siquiera tenía un título universitario. Leakey quería a alguien cuyo pensamiento no estuviera comprometido por los prejuicios académicos o las ideas preconcebidas. Los innovadores descubrimientos de Jane, en especial en lo que respecta a la personalidad y las emociones en los animales, tal vez no habrían sido posibles si hubiera sido educada para negarles esa posibilidad, tal como era habitual en la universidad de la época.

Fue una suerte para Jane que Leakey pensara que las mujeres eran mejores investigadoras de campo: eran más pacientes y mos-



Fijé una cámara en un árbol y tomé una fotografía de mí misma en busca de señales de chimpancés. (JGI/JANE GOODALL)

traban más empatía hacia los animales que estudiaban. Después de enviar a Jane al bosque, Leakey ayudó a otras dos jóvenes a perseguir sus sueños: encontró financiación para que Dian Fossey estudiara a los gorilas de las montañas y para que Biruté Galdikas estudiara a los orangutanes. Más tarde, estas tres mujeres serían conocidas como «las trimates».

—Cuando vi el terreno montañoso y accidentado del parque —comentó Jane—, me pregunté cómo demonios encontraría a los huidizos chimpancés, y no fue fácil. Mamá desempeñó un papel muy importante. Yo volvía deprimida al campamento, porque los chimpancés habían vuelto a huir justo delante de mí. Pero mamá señalaba que estaba aprendiendo más de lo que creía. Había descubierto un pico desde el que observar dos valles. Y gracias a mis prismáticos los veía hacer nidos para dormir en los árboles y cómo viajaban en grupos de diverso tamaño. Descubrí lo que comían y las diferentes formas de llamarse unos a otros.

Pero Jane sabía que esta información no bastaba para que Leakey consiguiera más financiación una vez que concluyera la beca de seis meses.

—Escribí muchas cartas a Leakey —recordó Jane— cuando los chimpancés huían de mí: «Has depositado toda tu fe en mí y no soy capaz». Y él respondía: «Sé que puedes hacerlo».

—Los ánimos de Leakey deben de haber sido muy importantes para ti.

—En realidad, lo empeoraba todo —insistió Jane—. Cada vez que decía: «Sé que puedes hacerlo», yo pensaba: «Y si no lo consigo, le decepcionaré». Eso era lo que en realidad me preocupaba. Se había arriesgado para conseguir el dinero para esta joven desconocida. ¿Cómo se sentiría si yo lo decepcionaba? ¿Y cómo me sentiría yo?

Le escribió una y otra vez, desesperada.

—«No funciona, Louis», escribía. Y él respondía: «*Sé* que puedes hacerlo». En su siguiente carta la palabra *SÉ* aparecía en mayúsculas y subrayada. Así que mi desesperación fue en aumento.

—En su creencia en que podías hacerlo tenía que haber algo que te animara a perseverar —sugerí.

—Probablemente, me animó a trabajar más duro, aunque no sabía cómo eso era posible, ya que cada mañana salía a las cinco y media y me arrastraba por el bosque u observaba desde el pico hasta que prácticamente se hacía de noche.

Aquellos primeros días parecían llenos de peligros, retos y obstáculos. Pero daba la impresión de que Jane se mantenía impertérrita. Me dijo que una vez vio cómo una serpiente venenosa se deslizaba sobre sus piernas. Y que sentía que ningún animal le haría daño, porque «tenía que estar allí». Ella creía que, de algún modo, los animales eran conscientes de que no suponía ningún peligro para ellos. Leakey había alentado esta creencia y, hasta entonces, no había sufrido ningún percance.

Tan importante como su creencia era el hecho de que Jane sabía cómo comportarse en la vecindad de animales salvajes. En concreto, sabía que lo más peligroso era interponerse entre una madre y su cría, o enfrentarse a un animal herido, o a uno que había aprendido a odiar a los humanos. «Leakey aprobó mi reacción la tarde en que, tras un duro día de trabajo en Olduvai, Gillian y yo regresamos al campamento y percibí algo detrás de mí: un curioso y joven león macho», explicó Jane. Era de tamaño adulto, pero la melena apenas le empezaba a crecer. Le dijo a Gillian que tenían que alejarse lentamente y subir por la ladera de la garganta, hasta la llanura abierta que se extendía en la cima.

—Louis dijo que había sido muy oportuno no echar a correr, ya que el león nos habría perseguido. También aprobó mi comportamiento cuando nos encontramos ante un rinoceronte negro

macho. Dije que debíamos permanecer absolutamente inmóviles, ya que los rinocerontes no ven muy bien; y por suerte sentí cómo el viento nos daba de cara, alejando nuestro olor del animal. El rinoceronte sabía que había algo extraño y corrió de un lado a otro con el rabo enhiesto, pero al final se marchó trotando. Creo que estas reacciones y mi voluntad de excavar fósiles ocho horas al día probablemente son la razón por la que Leakey me ofreció la oportunidad de estudiar a los chimpancés.

En Gombe, Jane perseveró y lentamente se ganó la confianza de los chimpancés. Conforme los fue conociendo, les dio nombres, tal como había nombrado a cualquier animal suyo o que hubiera observado. Más tarde le dijeron que era más «científico» identificarlos con números. Como Jane no había ido a la universidad, no lo sabía, y me contó que, de haberlo sabido, habría bautizado a los chimpancés según su propio criterio.

—David Greybeard, un chimpancé muy guapo con un distinguido pelo blanco en la barbilla, fue el primero en confiar en mí —dijo Jane—. Era muy tranquilo y creo que el hecho de que me aceptara persuadió gradualmente a los otros de que, después de todo, yo no era tan peligrosa.

David Greybeard fue el primero al que Jane descubrió utilizando tallos de hierba como herramientas para pescar termitas en uno de sus montículos: su nido de tierra. Y luego lo vio arrancando las hojas de un tallo para hacerlo apto para este propósito. En aquella época, la ciencia moderna creía que solo los seres humanos eran capaces de fabricar herramientas y que este era el principal rasgo que nos diferenciaba del resto de los animales. Nuestra especie era definida como «el hombre, hacedor de herramientas».

Cuando se conocieron las observaciones de Jane, este desafío a la exclusividad humana causó una sensación mundial. El céle-

bre telegrama de Leakey a Jane decía así: «¡Oh! ¡Ahora tenemos que redefinir al hombre, redefinir las herramientas o aceptar que los chimpancés son humanos!». Por último, la revista *Time* nombró a David Greybeard uno de los quince animales más influyentes que jamás han vivido.

—David Greybeard y su herramienta lo cambiaron todo —recordó Jane—. *National Geographic* aceptó seguir financiando mi investigación cuando se acabó mi primera beca, y enviaron a Hugo a filmarlo todo. —Hugo van Lawick, el cineasta neerlandés que registró los descubrimientos de Jane, se convirtió en su primer marido—. Todo ocurrió gracias a que Louis sugirió que



David Greybeard en un termitero, con una herramienta de hierba en la boca; imagen tomada justo después de contemplar, por primera vez, la pesca de termitas.

(JGI/JUDY GOODALL)

Hugo sería la persona ideal y *Geographic* aceptó enviarlo —dijo Jane, refiriéndose al posterior romance.

—¿Así que Louis fue el casamentero?

—Sí, así es. Yo no estaba buscando «pareja», pero Hugo llegó en mitad de la nada y allí estábamos. Los dos éramos razonablemente atractivos. Los dos amábamos a los animales. Nos encantaba la naturaleza. Así que era bastante obvio que debería funcionar.

Jane recordó su primer matrimonio con la ecuanimidad que brindan casi cinco décadas desde su divorcio en 1974. Se volvió a casar, con Derek Bryceson, director de los parques de Tanzania,



El pesado equipo con el que Hugo cargaba, una vieja cámara Bolex de 16 mm, en la playa de Gombe. (FOTO PUBLICITARIA DE ABC NEWS)

pero lo perdió a causa del cáncer apenas cinco años después, cuando ella tenía cuarenta y seis años.

Cuando Jane se internó en el bosque con sus propios sueños y esperanzas, no sabía que la esperanza acabaría por convertirse en uno de los temas principales de su trabajo.

—¿Cuál fue el papel de la esperanza en esos primeros tiempos?

—De no haber abrigado la esperanza de que podría lograrlo, me habría rendido. No habría tenido ningún sentido. Sabía que, de tener tiempo, me ganaría la confianza de los chimpancés. Pero ¿lo tenía? —Jane hizo una pausa y bajó la mirada—. Por supuesto, persistía un problema acuciante: ¿*tenía* tiempo? Supongo que es como el cambio climático. Sabemos que *podemos* retrasarlo. Pero queremos saber si tendremos el tiempo suficiente como para invertir la situación.

Los dos guardamos silencio, percibiendo el peso de su pregunta. Incluso antes de que la crisis climática aflorara a un primer plano, su preocupación por los chimpancés y el medioambiente la llevó a abandonar Gombe.

—En mis primeros tiempos en Gombe, yo vivía en mi propio mundo mágico y aprendía constantemente cosas nuevas sobre el bosque y los chimpancés. Pero en 1986 todo cambió. Por aquel entonces se habían establecido otros campos de estudio en África, y yo ayudé a organizar una conferencia para reunir a todos aquellos científicos.

En aquella conferencia, Jane supo que dondequiera que los chimpancés eran estudiados en su hábitat, su número decrecía y sus bosques eran destruidos. Eran cazados por su carne, caían en trampas y se exponían a las enfermedades humanas. Mataban a las madres para atrapar a las crías y venderlas a zoológicos, circos o como animales de compañía, o para su uso en la investigación médica.